

CERAMISTAS CONQUENSES

MANUEL REAL ALARCON

Inquieto, vivaz, con la ventaja de una risa abierta, inicia Manuel Real Alarcón su aventura por el arte del barro, los colores y el horno, mosaicos y ladrillos, en la huerta valenciana cuyos zumos también se esfuerzan en las cálidas terrosidades transidas por la glorificación del fuego. Así, el conquense de los mil paisajes, aporta esfuerzos y pinceles al aire de los lisos paneles cuya superficie llenan de líneas y finuras los tipos y costumbres, azafranes y castillos, procesiones y jardines. Aquí, al borde casi del comienzo de los Cincuenta, en 1948, Manuel Real Alarcón abre taller para el milagro de la cerámica. Le entusiasma repetir, como antes "El Pisanelo" —Francisco Niculoso llamado— composiciones, posiciones, tonos y acres, azules y amarillos en la lisa superficie que cocerá con amor y emoción y esperará como a un hijo, aguardando salga del vientre del horno.

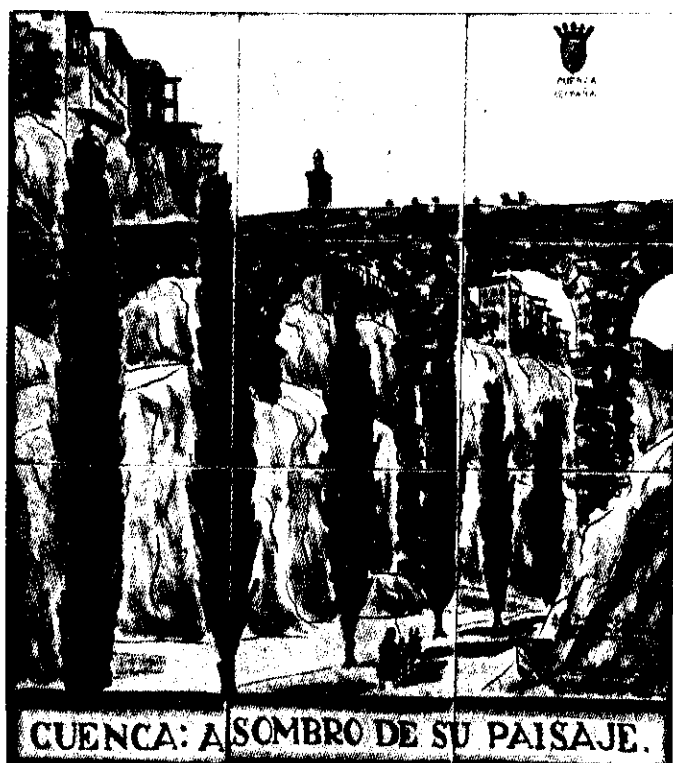
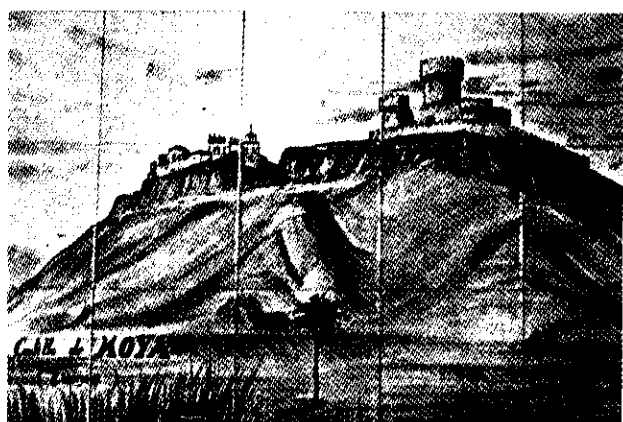
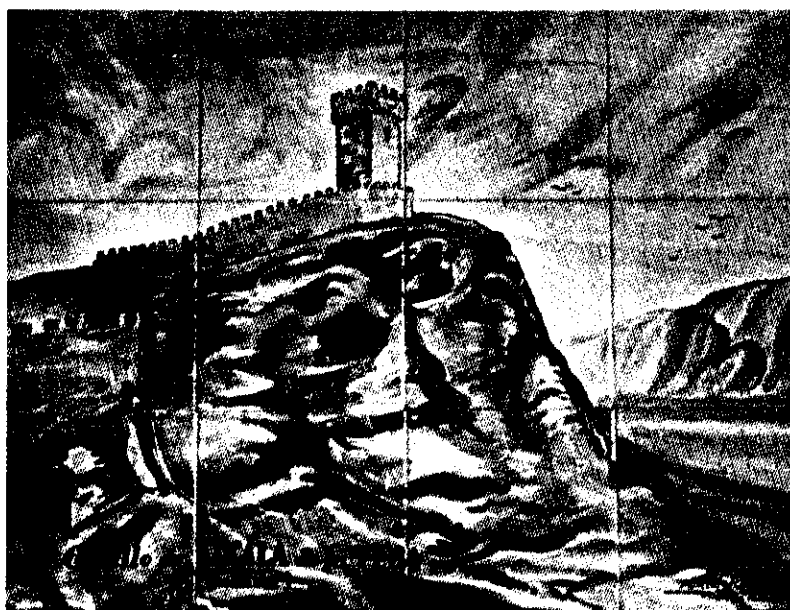
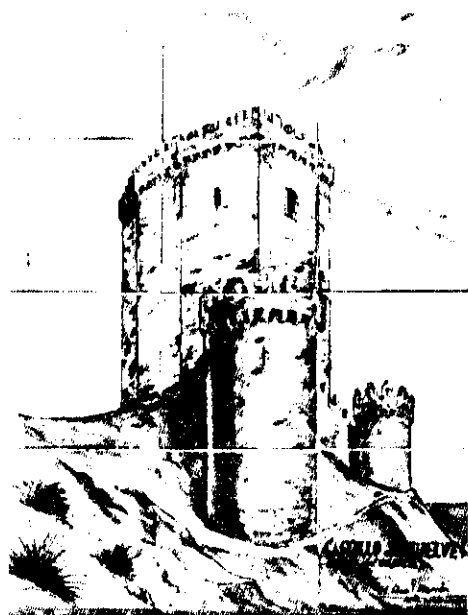
El derrotero del artista está por los brillos dulces, ofrendando a la fantasía el coqueteo de un mimado saber que orienta siempre y siempre sabe del dinamismo de la figura que recrea en la pintura y el dibujo, que traslada vida y movimiento a la emoción postrera del resultado. La cerámica es el gran arte de los dioses primigenios, de los seres humanos que retoman del barro el deseo de la pervivencia en las formas inventadas, creadas para la utilidad o el adorno, la necesidad o el lujo. Celaron los antiguos sus paredes con los minúsculos granos del mosaico y festejando en las paredes las escenas y los personajes. De Valencia sale el medallón precioso de los azulejos en disposición de cuadro. Y aquí llega el conquense Real Alarcón atizando su obra propia, reparando lo desaparecido casi, poniendo en el trabajo la sabiduría que aprendió porque sí en los alfares levantinos.

Real Alarcón tiene colocados alma y armario entre la línea del mar valenciano y la torneada elevación serrano conquense, entre el barro de la huerta y el llano manchego de los aires motillanos, quizá soñando en la diligen-

cia familiar o en el coche de línea de los antepasados haciendo posible el encuentro y el hallazgo de los alejados y viajeros. Manuel Real Alarcón nace en la Carretería, esquina de la calle Sánchez Vera, en el entonces Hotel Comercio y lleva presto su baul a la tierra cálida de la ciudad del Turia, un poco no más arriba que sus aguas vierte el Júcar jamás olvidado. Ni el París donde reside, ni en el paso por el norte africano, ni siquiera en Buenos Aires, ni el Brasil remoto y exótico, ni en la afilada tira chilena, Cuenca y sus formas le tiran constante y no la olvida. Por ello traza



RIOS CIRCUNDANTES DE CUENCA,
LÁGRIMAS CELTIBÉRICAS DE ALAMOS SIN CUENTA.



seguro en el barro los perfiles y entornos de los castillos conquenses.

Pero decíamos que Manuel Real Alarcón ha abierto taller y horno en la entrada de los años Cincuenta. Es allí donde acuden los alumnos más aventajados de la cercana Escuela de Bellas Artes de San Carlos, hoy en la certeza de un arte conseguido y consagrado. Real Alarcón les anima a la experiencia, al coqueteo con el panel de cerámica, el azulejo y el barro, el fuego y su calor, su luz y su rúbrica. Veinticinco años consagrado a una tarea que se abre al arte, a la incorporación de pintores y escultores a las buenas maneras del alfar. Y los artistas, como lo hace Picasso allá fuera, se sienten tentados a la aventura y a la generosidad del animador y notario de aquellos futuros grandes de la pintura. Algún día

verán la luz esos preciosos y valiosos cuadernos plagados de dibujos y frases ingeniosas de esta especie de mecenas conquense del arte de la cerámica. Una fantástica colección se amonтона en sus almacenes como señal de aquellos años.

Frases, refranes conquenses cuelgan sus títulos al pie de los ágiles dibujos. El paisaje conquense, sus gentes, casas, puentes, torres y castillos repasan el recuerdo de la ciudad inverosímil y única, nunca olvidada, omnipresente en la obra de este ceramista, de este artista que vive el idioma del barro como pocos. Su obra está ahí en el Museo Nacional de Cerámica, en otros lugares. Y su firma por siempre unida a la historia importante de los ceramistas españoles.

Carlos DE LA RICA

